

FRANCISCO MUÑOZ GUERRERO<sup>1</sup>

## EL LENGUAJE DE DIOS

*El que cavare sima, caerá en ella:  
Y el que revuelva la piedra, a él volverá.  
Proverbios, 27*

¿Puede alguien sobrevivir a su destino una vez que ha llegado a conocer el momento exacto de su muerte? ¿Cuántas personas en la historia del género humano han alcanzado ese conocimiento fatídico? Yo tuve el infortunio de cruzarme en el camino de una ellas.

Todo empezó el día en que recibí una carta de mi colega y entrañable amigo M. G. (prefiero ocultar su nombre), profesor en la SUNY, Universidad del Estado de Nueva York. En ella solicitaba mi colaboración para traducir e interpretar un texto de Arón Yaaqob ben Mizraim ibn Elam, más conocido como Arón Alluf, sobrenombre que le viene de haber sido uno de los *allufim* de la Escuela Rabínica de Córdoba en tiempos de Abderramán III, el rey que convirtió la ciudad en *Dar-al-Ulum* (Casa de las Ciencias). Se trataba de un manuscrito,

<sup>1</sup> ANLE y periodista, escritor y promotor cultural, ha sido Secretario General de la Fundación del Español Urgente-Fundéu. Es autor de varias publicaciones de la Agencia EFE sobre el lenguaje en los medios de comunicación, así como también de los libros de estilo de Red Eléctrica Española y de otras instituciones. Cuenta con varios premios y distinciones. Entre sus obras de creación literaria se destacan *El Bosque del Rey*, *Las colinas del Edén*, y la más reciente, *Las puertas secretas de Sefarad*.

desconocido hasta entonces por los estudiosos, de un autor cuya producción era sobradamente conocida; fue precisamente este hecho lo que despertó mi interés. Tenía por título *Sefer ha-Or ve ha-Tzelalim* (*Libro de la Luz y de las Sombras*). Ahora, tras lo ocurrido, no puedo dejar de lamentar el impulso que me llevó a abrir la carta. Más me hubiera valido arrojarla directamente al fuego de la chimenea.

Siempre consideré que los misterios que, en apariencia, exceden los límites estrictos de la naturaleza pertenecen más al mundo de la fantasía que al de la razón; jamás les dediqué otros cuidados que los de la mera curiosidad. Sin embargo, cuando lo que se tenía por inexplicable no era sino inexplicado, la seducción por descifrar el enigma podía arrastrarme a franquear las lindes de la cautela y hacerme caer en el movedizo terreno de lo inasible. En las raras ocasiones en que me permití tales deslices no llegué a traspasar la puerta de la sinrazón porque la urdimbre que la esconde no me fue mostrada nunca. Pero la única vez que acerté a vislumbrar unos más que leves indicios, me vi impelido de modo irrefrenable a cruzar un turbido paraje. Desoí los gritos admonitorios del instinto y me lancé a la búsqueda sin detenerme a considerar que podría tratarse de un corredor de pesadilla sin posibilidad de retorno. Lo hice, debo reconocerlo, cegado por el incierto sueño clandestino de una fortuna que creí profética, y solo conseguí que una suerte adversa socavara el desmedrado edificio de mi cordura hasta hacerlo caer piedra a piedra. Llevado por el ansia, tantas veces irracional, de alumbrar lo oculto —las razones de la vanidad pueden ser infinitas— me apresté con la macilenta luz de mis conocimientos, una lucerna que yo creía poderosa cuando en el fondo era menos que débil, y pertrechado con tan quebradizo bagaje quise arrancar a la oscuridad lo que jamás debió ser concebido. ¡Ojalá que nadie, nunca, cometa el error que yo cometí!

Desde muy joven me sentí atraído por las lenguas semíticas y su manifiesta influencia en el desarrollo de las culturas occidentales. Esta inclinación me hizo especializarme en el estudio del arameo y del hebreo antiguo y dedicarme a profundizar en las fuentes originales de la cultura hispanohebraica que floreció en Al-Andalus entre los siglos IX y XV, que ha ejercido sobre mí una fascinación muy singular. Fue aquel un periodo rico en manifestaciones científicas y culturales quebrado por la expulsión de los judeoespañoles que dictaron los Reyes Católicos. Gran parte de mi vida ha girado en torno a ello sin otras miras que el análisis investigador de una etapa tan próspera.

Mis conocimientos de la lengua mosaica y el contacto con los textos de la época me han dispensado grandes satisfacciones. Mis manos han acariciado; mis ojos, leído, y mi razón, entendido el *Sefer Tahkemoní* de Judá Al-Harizi; el *Mishneh Torah* de Maimónides; el *Mahberet* de Menahem ben Saruq; el *Sefer ha-Qabbalah* de Abraham ben David; los poemas de José ibn Abitur, un emeritense de hondo sentido religioso, y los de Samuel ibn Nagrela Hanaguid, judío cordobés en la corte granadina de los reyes Habbus y Badis; y los exquisitos versos de Salomón ibn Gabirol, uno de los mejores poetas nacidos en España. La lista es extensa. Por razón de mi especialidad he tenido ocasión de acceder al legado de matemáticos, geógrafos, físicos, gramáticos y astrónomos que hicieron de la palabra su herramienta de trabajo. En ese terreno, el de las palabras y sus significados, encontré la dicha... y la perdición.

Mi colega americano y yo nos conocimos en Granada, hace ya unas décadas, con ocasión de un congreso sobre las diferencias y similitudes entre el judaísmo de Europa Central y Oriental, el babilonio y el español, es decir, el triángulo Asquenaz-Babilonia-Sefarad. Ocurrió, como digo, hace bastante tiempo, cuando empecé a adentrarme en el siempre fascinante firmamento de la investigación filológica y lexicográfica. Fue una amistad que maduró con el tiempo y que ha durado hasta la muerte de M. G. Juntos trabajamos en numerosos proyectos y de él aprendí lo que los libros no pudieron enseñarme. No resultaba, pues, de extrañar que recabara mi colaboración para lo que, en principio, no iba ser sino uno más de los muchos trabajos llevados a cabo durante mi vida profesional.

M. G. murió súbitamente hace ahora dos años. Quizá su muerte se debiera a causas estrictamente naturales, no lo sé, pero no puedo sustraerme a la tremenda y angustiada sospecha de que la confesión que semanas antes le había hecho desencadenara el fatal desenlace. Con esa duda lastimándome el alma viviré el tiempo que me resta, perdido en la nebulosa de lo que se ignora y no se desea conocer.

Viajé a Nueva York invitado por el Departamento de Filología Semítica Posbfblica de la Universidad, donde me pusieron al corriente de las circunstancias que condujeron al hallazgo del manuscrito, de cuya traducción habría de encargarme si lo estimaba conveniente. Acepté de buen grado.

El libro, de mediana extensión, presentaba el inconfundible tinte amarillento que el paso del tiempo imprime. Estaba escrito sobre

papel apergaminado y, salvo unos cuantos ángulos rotos, se encontraba en excelente estado de conservación. Lo abrí con cuidado. En la primera página, en caracteres de mayor tamaño que el resto, figuraba el título. Debajo, además del nombre del autor, una leyenda relacionada con aquel y un número: 4706. Interpreté que, al tratarse de un judío, tal número debería corresponder al año 4706 de la Creación según la tradición rabínica, es decir, el 945 de nuestra era, fecha en que probablemente fue escrito. Esto lo situaba en pleno apogeo de la cultura Omeya, bajo el mecenazgo del también judío Abu Yusuf Hasday ben Ishaq ibn Saprut, médico y hombre de vasta formación que llegó a ser visir de Abderramán III y al que se le atribuye, entre otros logros farmacológicos, el redescubrimiento de la desaparecida *triacá*.

Lo hojeé seducido por el magnetismo que encierran los libros antiguos; se me antojó una de esas raras joyas que invitan a posar la mirada sobre la iridiscencia mágica de su luz.

La encuadernación, en piel repujada con artísticos arabescos salidos de algún anónimo taller cordobés, era tardía, posiblemente de los siglos XII o XIII, como después se comprobó. Paseé los dedos por el lomo, de leve nervadura, con un respeto reverencial preñado de sensaciones. Dentro, entre las páginas, orladas con el hilo de las palabras, se encerraba algo que yo debería descubrir. La apretada y cuidada caligrafía, acuñada con caracteres hebreos de delicada y firme ejecución, me desafiaba a que le arrancara su oculto significado. Tras este breve examen, que bien pudo ser eterno, devolví el manuscrito, en parte para alejar el temor de quedar fundido con él que se había apoderado de mí mientras lo tuve entre las manos. Algo me decía que aquel era un libro distinto..., un libro muy especial.

Fue adquirido en Londres, en una subasta pública en la que también pujaron la Sorbona de París, la Universidad Hebrea de Jerusalén y la neoyorquina Pierpont Morgan Library. Perteneció a una familia francesa, descendiente de uno de los mariscales de Napoleón, que afirmaba su propiedad desde varias generaciones. Esta circunstancia me dio pie para pensar que bien pudo llegar a su poder tras el expolio al que las tropas napoleónicas sometieron a gran número de ciudades españolas durante la invasión del siglo XIX.

Tres semanas permanecí en Nueva York. Durante ese tiempo, en el que tuve ocasión de departir amplia y distendidamente con M. G., se ultimaron las pruebas de laboratorio llevadas a cabo para determinar los más diversos parámetros, desde la composición química del

papel y la tinta hasta la fecha en que fue escrito, que dio un resultado sorprendente: el año 945, exactamente el mismo que figuraba en la primera página. A título meramente anecdótico añadiré que se detectó la impresión dejada por lo que pudo haber sido el pétalo de una flor insertada entre las páginas con la intención de secarla. Mediante un adecuado análisis pudo averiguarse que se trataba de una planta oleácea muy común en la cuenca mediterránea, probablemente una lila.

Regresé a España con una completa documentación y unas excelentes ampliaciones fotográficas de todo el libro. Enseguida me puse a trabajar. Entré en contacto con mis colegas cordobeses, que me proporcionaron una más que satisfactoria información que venía a corroborar y ampliar lo que ya sabía. Consulté la extraordinaria monografía escrita por F. D. Gloucester, *The biblical eclecticism of Aron Alluf*, y el *Étude des controverses bibliques sous le règne d'Abderraman III* del que fue gran hebraísta hispanófilo y profesor emérito durante años de la Universidad de Laval (Quebec), J. L. Rideau. En ambas publicaciones encontré abundante documentación para establecer un detallado perfil del autor, pero en ninguna de ellas se hacía la menor mención al manuscrito. En la segunda hallé un dato al que en otras ocasiones no había dado mayor importancia, pero que entonces me intrigó: Arón vivió en Córdoba hasta el año 959, fecha en que desapareció sin dejar rastro. Hasta el presente no se tiene constancia de cuál pudo ser su paradero ni se conoce ningún documento que aclare este punto. Por qué desapareció, adónde fue, cuándo y dónde murió y otros detalles sobre su misterioso desvanecimiento siguen siendo una incógnita. Hasta ese momento su biografía es suficientemente amplia y conocida, así como su obra. Respecto a esta última, existe un amplio epistolario que reúne las comunicaciones que mantuvo con los gaones de las academias babilónicas de Sura y Pumbedita en torno a los *hapax legomena*, palabras que aparecen una sola vez en la Biblia, y otras cuestiones de interpretación; varias *maqamas*, relatos en prosa rimada; un estudio referido al glosario de términos talmúdicos elaborado por Sémah Gaón en el siglo ix; y dos tratados de matemáticas, uno sobre geometría euclidiana y un segundo de explicaciones a los algoritmos de los números primos. Se conserva también un extenso volumen de geografía dividido en tres partes; la primera, dedicada a comentar el *Libro de las rutas y los reinos* del historiador árabe Abul Kasim Abdalá ibn Kurdabeh; la segunda, sobre la tierra de Shinar, en la que se asentaron los descendientes de Noé tras el Diluvio; y una

tercera acerca del Pisón, el Gihón, el Hiddekel y el Perat, los ríos del Edén que se citan en el Génesis y que Arón Alluf identifica con el Indo, el Nilo, el Tigris y el Éufrates, respectivamente.

Según algunos autores coetáneos, nació en la aljama de Lucena hacia el año 906. Su padre, un próspero comerciante en sedas, se trasladó a Córdoba con su familia cuando Arón apenas contaba cinco años. Muy joven aún, fue alumno de la academia rabínica, en la que, con el tiempo, llegaría a ser uno de sus más destacados miembros. Jonás ibn Hacoheh —un gramático que fue su maestro en la interpretación talmúdica— dejó escrito que Arón Alluf destacó por su enorme capacidad de síntesis y su extensa cultura, que abarcó los estudios bíblicos, la gramática, la lexicografía, la poesía, el álgebra, la geografía e, incluso, la astronomía, y que fue «persona sabia y prudente, preocupada por la justa y correcta interpretación de la Ley, amante de la verdad allá donde estuviere».

Su obra más conocida es, sin duda, *De las Respuestas y la Tradición (Ha-Teshubot ve ha-Qabbalah)*. En ella se encierra todo el cuerpo de su pensamiento y de su doctrina.

La implicación de los judíos con las culturas que los acogieron tras la diáspora y las tantas veces difíciles situaciones que debieron salvar, dio lugar a notables diferencias entre los distintos núcleos hebreos respecto a la hermenéutica bíblica. En el siglo viii apareció en Babilonia, uno de los mayores e influyentes asentamientos judíos, la secta de los caraítas, que atacó la tradición rabínica y, por ende, la Ley Oral. Pretendían un retorno a las fuentes de la Biblia, defendiendo, además, lo que podría ser considerado como un libre examen del texto sagrado. Por otra parte, los judíos de Europa Central eran más propensos al rigor ortodoxo de las Escrituras y al empleo del Talmud jerosolimitano que al de Babilonia. Con el tiempo, estas diferencias se fueron acentuando hasta tal punto que en el siglo X, época en que vivió Arón Alluf, los judíos centroeuropeos consideraban que la ortodoxia y el talmudismo palestinese eran las únicas normas que debían regir para todas las comunidades hebreas dispersas por el mundo. Por su parte, los judíos españoles —que en el tiempo a que me refiero habían cobrado singular importancia—, más liberales y creativos, eran partidarios del Talmud babilónico. Estas actitudes ante la Ley dieron lugar a posturas muy diversas.

Arón entendía que todos tenían su parte de razón, y que la Ley era una y en ella, en su *lengua santa*, se encerraba todo el co-

nocimiento y toda la sabiduría. Consideraba que la correcta interpretación es la que «llena los corazones con la Palabra de Yahveh», y que se hacía necesario ahondar en su estudio para un correcto entendimiento, al margen de cualquier otra consideración. De aquí su permanente preocupación por captar el significado último de las palabras contenidas en los escritos bíblicos. Por ello, su labor como gramático, lexicógrafo y filólogo trascendió la mera elaboración de vocabularios y raíces hebreas al intuir, y demostrar, que las derivaciones del lenguaje ejercen enorme influencia no ya en la religión, sino también en la creación literaria, las ciencias y la filosofía, *artes* (sic) que dominan el entorno del hombre y condicionan su evolución. Estas razones lo llevaron a emplear métodos que se apartaban del escolasticismo tradicional para caer de lleno en sistemas más vivos y cercanos a los creyentes. Sus estudios comparativos entre la poesía —fue amigo personal de los poetas y gramáticos Ben Saruq y Ben Labrat, ambos enemistados entre sí— y los pasajes bíblicos son un modelo de interpretación y perspicuidad que asombra por las inesperadas conclusiones a que llega.

El impacto que supuso la aparición de *Ha-Teshubot ve ha-Qabbalah* entre los judíos de la época ha hecho que esta obra sea considerada la más trascendente de cuantas escribió Arón Alluf. Hasta el hallazgo del manuscrito.

Durante dos años trabajé en su traducción, comparando textos e interpretando significados. A medida que avanzaba en la tarea de desentrañar el contenido fui adquiriendo la cada vez más firme convicción de que había sido concebido y escrito para desafiar las leyes comunes de los hombres. A lo largo de todo el libro se descubre un plan sistemático, apodíctico, perfecto; nada queda al azar, todo condice con lo anterior y lo subsiguiente. Sobre cada palabra gravita un orden lúcido y armónico que guía desde los secos páramos de la ignorancia hasta el valle frondoso del conocimiento. Resulta imposible apartarse de la senda que se perfila desde el comienzo, imposible y terrible; cuando se llega al final se cobra plena conciencia de que la certeza ha obliterado a la duda para darle a conocer lo que nunca debió ser conocido.

A medida que desenredaba el complejo tejido que yacía entre las páginas no podía evitar un sentimiento de culpa, no exento de inquietud, ante la profanación del largo sueño de lo ignorado. Ahora, la inquietud se ha transformado en angustia... y terror; y el terror puede

y sabe encontrar el punto débil de cualquier criatura por fuerte que esta sea.

Empieza el texto con el versículo 1 del Salmo 119 («Bienaventurados los perfectos de camino; los que andan en la ley de Jehová»), seguido de inmediato por el 176 («Yo anduve errante como oveja extraviada; busca a tu siervo, porque no me he olvidado de tus mandamientos»). Curiosamente, el 1 es el *primero* de la serie de versículos encabezados por la letra *aleph* (la *primera* del alfabeto hebreo); por su parte, el 176 es el último de los que corresponden a los de la letra *tav* (la última de dicho alfabeto).

Viene a continuación una cita del Génesis 11:1: «Era entonces toda la tierra de una sola lengua y unas mismas palabras».

Al principio no hallé mucha conexión entre las citas; al final, para mi infortunio, lo entendí todo. Arón Alluf partió a la búsqueda de esa lengua, de esas palabras primigenias que permitieron a los hombres comunicarse con el Omnisciente, del habla que Yahveh le dio a la humanidad cuando hubo culminado su tarea creadora. Buscaba los restos de la lengua del paraíso, la que hablaron Adán y Eva, la que permitió que la simiente humana salvada del diluvio se entendiera para crear una especie que habría de expandirse por todo el mundo. Era la lengua que se dividió en Babel para dar lugar a nuevas palabras; era la lengua de la primitiva humanidad, tal cual fue concebida por el Eterno para entregársela a los hombres... Arón Alluf buscaba el lenguaje de Dios.

Escribe:

En la oración y la búsqueda pueden los hombres hallar el camino del conocimiento de sí mismos, y siguiendo ese camino podrán llegar a conocer el mundo y a su Hacedor, pues es nuestro cuerpo una imitación del mundo y nuestra alma, un reflejo de Aquel que la infundió. Miren los hombres en su interior y eleven el espíritu al Señor, pues en Él hallarán el gran universo que habita en sus adentros.

No hay Luz sin Sombras ni Sombras sin Luz, salvo en la Nada, donde nada es ni nada existe. Pero de la Nada fue creado el mundo y el universo que lo rodea, y fueron creados con la Palabra de Quien hizo las palabras. Pues así como Yahveh puso en el firmamento el Sol, la Luna, los planetas y las estrellas que lo pueblan, y guardó entre ellos la Señal que permite conocer su nacimiento y su muerte, de igual modo dejó en el hombre esa Señal a la espera de que sea desvelado su sentido oculto.



Y más adelante añade:

Busqué la Señal alumbrándome con el Resplandor del Espíritu del Creador, y guiado por él llegué a la tierra que está al oriente de la tierra de Nod, y encontré Las Dos Palabras que convocan a La Luz y a Las Sombras, y llegaron éstas en respuesta a Las Dos Palabras, y no era La Luz como la claridad que alumbraba las cosas, sino Conocimiento de lo que fue, y Las Sombras no eran oscuridad de La Luz, sino Conocimiento del devenir, porque eran La Luz del Principio y Las Sombras del Fin, y son esas Palabras las que moran en Aleph y Tav, donde están la sustancia prima y la señal de la perfección, y una y otras son semillas de la Sabiduría del Espíritu que distingue lo que es y lo que dejará de ser. Tras ellas fui desde la casa de mis padres y ahora sé que nunca podré volver atrás. Un lugar remoto me aguarda.

El resto no debe ser transcrito. Mi mano se niega a hacerlo y la conciencia me lo prohíbe.

Desde el instante en que conoció Las Dos Palabras alcanzó a entender que la Luz era su vida, en tanto que las Sombras señalaban el camino de la muerte, y a medida que la primera se debilitaba, las segundas cobraban fuerza. De este modo llegó a predecir el terrible momento en que moriría. Acaso por ello su rastro se perdió, tal vez para ir a ocultarse donde nadie, humano o bestia, pudiera participar de tan pesado secreto. Eso quedará para siempre sumido en el pozo insondable del misterio.

Cuando concluí la traducción y fui consciente de lo que había desentrañado, de la monstruosidad que se escondía en aquellas páginas infames, la quemé. Después le comuniqué a M. G. mi decisión y los motivos que me impulsaron a tomarla, y le imploré que hiciera desaparecer el manuscrito para siempre, que lo destruyera. No sé si pudo hacerlo antes de que la muerte lo alcanzara. La posibilidad de que no lo consiguiera, de que se encuentra en algún lugar secreto de la SUNY esperando a que alguien, ignorante de lo que esconde, vuelva a desenterrarlo, me aterroriza. Ahora, cuando hasta arrastrar la pluma sobre el papel me resulta doloroso, no puedo dejar de pensar en ello y rezo para que no ocurra jamás.

Mi tiempo se agota. El Conocimiento apenas si distingue ya la Luz de lo que fue mi vida; las Sombras que me anuncian el momento del viaje eterno son cada vez más intensas.